



La metáfora de Alejandro Junco

Miguel Ángel Granados Chapa publicó el martes extractos de la carta que Alejandro Junco, presidente y director general del Grupo Reforma, envió a “sus colaboradores cercanos y a otras personas en Monterrey, donde nació el Grupo que encabeza”.

Junco explicó las razones por las que decidió exiliarse con su familia, irse de un país en que los “periodistas viven bajo amenaza de los capos del narcotráfico y de los criminales, y mientras más exponemos sus actividades con más fuerza responden”.

Dibujó en la carta una metáfora para ligar al pueblo de su abuela, Ciudad Guerrero, Nuevo León, con el México deprimido de hoy. Al confirmar que el pueblo sería inundado para construir una presa, los lugareños lo abandonaron a su suerte. “Eso fue lo más doloroso. Cuando la noticia cundió, toda mejora, toda reparación se dejó de hacer. ¿Para qué pintar

una casa que iba a estar cubierta con agua? ¿Para qué reparar un edificio cuando toda la villa iba a ser destruida? ¿Para qué preocuparse de los baches o la basura o arreglar el jardín y la puerta que rechina?”

Ciudad Guerrero se convirtió en algo inhabitable. La metáfora me recordó también la del espléndido libro *Ejércitos* (Premio Tusquets 2006), del colombiano Evelio Rosero: la historia de un pueblo más bien dichoso que primero padeció, luego murió y al final quedó sepultado con la postrera vejación del cadáver de la mujer más bella, debido al paso de “los ejércitos”. En plural, pues no importaba si el que entraba y salía era una guerrilla, una sección de criminales, los paramilitares o el Ejército-Ejército, si es que quedaba algo de él que lo distinguiera de los otros.

Por lo que Alejandro Junco y *Reforma* le han traído a la prensa mexicana, su exilio tiene un inexorable sabor colectivo. Triste. Agrio. ■ M

gomezleyva@milenio.com

